

enseñanza, o hasta de política pura, de sindicalismo inclusive, llega una encíclica de Roma, los obispos la transmiten y comentan, los curas la leen y se impregnan de ella. Los jesuitas y otros monjes inspeccionan el movimiento. Y por todas las parroquias de Francia, en una misma hora, pasa el soplo del Espíritu Santo.

Ahora bien: estos hombres tienen dinero. Con los donativos de los devotos, las rentas de sus muebles e inmuebles y los ingresos que proporciona Lourdes, que equivalen casi a los beneficios del canal de Suez, subvencionan periódicos, sostienen comités y apoyan candidaturas. Tal vez no hay un solo diputado, desde el centro izquierdo hasta la extrema derecha, que no les deba un poco su elección. Penetran, pues, profundamente en todos los partidos conservadores, les tienen bajo una dependencia más o menos disimulada, pueden imponerles una orientación. Esta poderosa marcha influye de hecho, sin que se den cuenta de ello, sobre la opinión de cerca de la mitad de los franceses. Por esto ha desempeñado siempre tan considerable papel en la historia oficial de nuestro país.

Pero la Iglesia católica se había aliado estrechamente a las dinastías caídas. Cuando el partido republicano quiso conquistar el poder, tuvo que apoyarse sobre otra máquina muy semejante: la masonería.

Es una copia exacta de la organización clerical. En toda localidad un poco importante hay una *logia*. Recluta hombres de todas clases y de todos los partidos políticos. Un vago dogma racionalista o positivista forma el *pendant* del dogma católico; una vaga filantropía nos recuerda la no menos vaga caridad cristiana. Esto, para los cándidos. Interiormente hay una fuerte jerarquía de *novicios*, *hermanos*, *maestros* y *venerables*. Casi es una congregación. En fin, reuniendo todas las logias y dominándolas, tenemos el *Gran Oriente*, especie de colegio de cardenales de este Vaticano de la calle Cadet. Periódicamente, un

congreso o concilio asegura el contacto entre el Estado mayor masónico y las logias de la provincia.

Claro está que esta poderosa organización dispone de capitales considerables. Las cotizaciones de sus miembros, los comités Mascuraud y otros y los fondos secretos le permiten constituir una caja electoral. Y como la Iglesia, de ellos se sirve para subvencionar innumerables periódicos y apoyar candidaturas.

Y como la Iglesia también, no se liga a la suerte de un solo partido; apoya con su influencia y su dinero lo mismo a los republicanos moderados que a los radicales socialistas y hasta a los socialistas independientes o unificados; hasta ha hecho un serio esfuerzo para penetrar en el mundo sindicalista y en la Confederación General del Trabajo.

De este modo domina los partidos de la izquierda—como la Iglesia a los de la derecha—y les sirve de regulador.

¿Se trata de apasionar la opinión sobre una cuestión, anticlericalismo, impuesto sobre la renta, republicanización del ejército, etc? El *Gran Oriente* envía un cuestionario a todas las logias: los «venerables» nombran ponentes. En la próxima asamblea de la logia se discute y luego se envía un informe a los «treinta y tres grados» y otras cabezas mitradas del gran comité. Éste centraliza las respuestas y de este modo conoce con exactitud el estado de espíritu de sus tropas.

Una vez conocido, fija su plan de campaña, lanza la orden a todas las logias, las provee de folletos y obras, en las que cada individuo encuentra, sin esfuerzo cerebral, todos los argumentos apropiados. Después los diputados del partido plantean ruidosamente la cuestión en el Parlamento, y todos los pequeños periódicos masónicos, todos los comités afiliados y todos los hermanos y candidatos hacen coro. A los pocos días queda armado un jaleo ensordecedor por todo el país. Naturalmente, la Iglesia se conmueve, el Papa da la señal y la orden contraria, los